

EL ÚNICO ENTERRADOR

Un sofocante sol cerníase sobre las escuálidas figuras de los escasos habitantes de aquel poblado que ciudad fue, un viento reseco curtía su ya vejada piel, parecían más moradores de un extraño cementerio que seres humanos.

Aquella comarca había sido en tiempos idos emporio de riqueza y progreso; allí se confundían el oro, el licor como los encantos de mujer; hoy una nube gris danza en su cielo triste y una capa del mismo color cubre los techos en otrora color de granada en flor. De sus románticas callejuelas y sus titilantes faroles todo se esfumó; el río ayer de aguas cristalinas enmudeció... La gente joven se había marchado en busca de nuevas perspectivas, no así los viejos que se aferraban al terruño como el labio del sediento al cántaro mitigante.

Pasado que hubo el tiempo los viejos se hacían mas viejos y una tumba más se abría gracias a las habilidades de *Aquilino*, el enterrador. Cada día eran menos los vivos y mas las cruces. Las esperanzas como las aves al llegar el invierno habían huido del aquel ahora tétrico lugar.

Una pequeña como derruida iglesia era el común albergue de unos y otros que al despertar el alba apoyándose en ventanas y paredes acudían a escuchar de la boca temblorosa del aciano sacerdote la palabra de Dios, su ultimo consuelo. El siervo del Señor vestía una negra y complicada sotana, semejando un retablo de la antigüedad, sus zapatos ladeados, su vetusto sombrero y su bastón le daban un aire de mítico personaje; a su paso estos y aquellos se santiguaban y él con un gesto solemne les decía: "*Hermanos de morir tenemos*" y ellos con voz de ultratumba respondían: "*Padre ya lo sabemos*". Su mejor amigo era de lógica *Aquilino*, el sepulturero en quien se veían cicatrices de la pobreza, sus ojos hendidos, sus espesas cejas, su cabeza blanca, sus manos callosas, sus extremidades largas y escuetas, su caminar incierto, hacían juego con la sombra de los muertos. Al verlo se observaba una asustadiza palidez, su joroba inspiraba miedo, pero en el fondo era un hombre bueno. Le hacían compañía, "*Futuro*" su perro, un búho y una mariposa de alas negras.

Las casas del pueblo como cansados viajeros se inclinaban reverentes hacia la resquebrajada tierra, orgullosas de lo que alguna vez fueron; sentían vibrar sus entrañas al tratar de cerrar sus puertas produciendo un quejido semejante al de los que van a morir.

El hospital refleja en sus pasillos el eco del pasado que resuena como un lamento, un frio recordatorio donde la vida y la muerte se abrazan; allí solo quedó tristeza y desolación, sus marchitos muros traducen el sufrimiento y el dolor.

En destartalada banca del parque que fue, observase la denuesta estampa de don *Sebastián*, el Policía, espécimen cuyo raído uniforme le da un semblante de leyenda de los que se fueron para no volver, bonachón por naturaleza, de rostro macilento, había optado por no volver a caminar pues sus pies hinchados no le permitían tal proeza; esperaba capturar al que nunca oportunidad le dió.

Pero quizás había entre todos alguien muy singular, *Don Aristóbulo*, la primera autoridad de aquel reducido enjambre humano; como inspector, era la antítesis del agente del orden, pequeño, famélico, pálido, semiciego, llegado a su desvencijado despacho, se valía de su rustica maquina y de un carcomido cuaderno para ejercer justicia, la que nunca dictó. La cárcel cansada de tanto esperar a sus huéspedes también se cayó.

Doña *Rita*, la maestra de todos, en afligida noche manos piadosas cerraron sus ojos.

El caballo del gendarme sin un pelo en la cola en cuyas escasas carnes se observaban las huellas de duras faenas vividas, cabizbajo parecía meditar al pie de la cerca: "*Que solos se quedan los viejos*".

En una que fue tienda, se daban cita al caer la tarde venerables espectros para escuchar con gran melancolía los relatos de bellos momentos de alguno de aquellos que aún podía hablar, con gestos y venias confirman, se asombran y tal vez allá en su hastío suspiran y añoran... por el amor de una mujer de ojos radiantes, de tibio regazo, de andar cadencioso, de risa insinuante.

Así las cosas, dirijámonos al camposanto, cubierto de malezas que ahogan las cruces y el sendero de piedras donde sólo cuentan las espinas del camino. La entrada tiene un pórtico con unos signos ilegibles, una fecha y una cruz torcida.

Hay ojos tristes que son hermosos y de aquel santo lugar se podía decir lo mismo, mirándolo bien, todo esto es espléndido, la paz de los sepulcros es divina y quizás vivir abrazado a la yerta mansión daría lo que el mundo y sus placeres no pueden dar.

Al avanzar en su interior, cunde el temor ante lo desconocido, al aguzar el oído puede escucharse el conversar de quienes esperan despertar en la eternidad. Aquel laberinto es el taller de *Aquilino*, allí taciturno y solitario trabaja y descansa pues al lado está su rancho.

Día a día llega silencioso un nuevo invitado, siempre son los mismos, menos uno. En fila bajo la complicidad austera del ambiente, le dan el postrer adiós y ya ni una lagrima brota, pues sus ojos se secaron ha mucho.

Unos en pos de otros fueron desfilando hacia el valle de los difuntos hasta el día en que *Aquilino* también se murió y para él no hubo enterrador.



Mayor
HUMBERTO APARICIO NAVIA

Bogotá D.C, 06 de febrero de 1.968.